

Editorial

Benjamín Prado

Acabábamos de recoger las cenizas del poeta Ángel González en el cementerio de La Almudena, en Madrid, y uno de nosotros dijo, señalando la urna que la viuda del poeta, Susana Rivera, llevaba en las manos: «Ya ves, eso somos». Pero no, la verdad es que somos mucho más que eso, una suma de grandezas y miserias que a menudo nos convierte en seres indescifrables, y no hace falta más que ir cumpliendo años y teniendo que enterrar a los amigos para descubrir que la muerte no es sólo una frontera para los que se van, sino también para los sobrevivientes: cuando esa raya se traza, la gente más insospechada la cruza para ponerse al lado del difunto o para huir de él, según los casos; unos para reclamar un tanto por ciento de su memoria y otros para retocarlo a su gusto. Hay quien jura haber sido como un hermano para la persona que, en realidad, no le tenía en gran estima y, en el extremo contrario, quien se atreve a atacarla como nunca tuvo el valor de hacerlo cuando aún se podía defender porque los dos estaban todavía a este lado del más allá. Yo había tenido ocasión de ver ejemplos de todo eso cuando murieron Rafael Alberti y Jaime Gil de Biedma: al primero le brotaron amigos íntimos por todas partes, camaradas a los que yo no



H

vi con él, o vi muy poco, a lo largo de catorce años de amistad y que venían a contarme cómo lo habían atendido y dado compañía incesante a lo largo del tiempo. Al segundo, Jaime Gil de Biedma, al fallecer le dedicó un artículo terrible y despectivo José Ángel Valente, un poco en la onda de los poemas que antes había escrito contra Gabriel Celaya y José Hierro, que muchos consideramos inoportuno y algo cobarde, dadas las circunstancias.

La tradición sigue, y hace poco el diario *El País* ha publicado un demoledor artículo de Antonio Muñoz Molina contra Rafael Alberti en el que cuenta cómo se le acercó el día que celebraba su ochenta cumpleaños, después de asistir a una comida en la que lo sentaron lejos del maestro, en lo que un amigo llamó «la mesa de los chóferes», y tras armarse de valor para darle su primera obra: «Animado por Luis García Montero, y con mi pobre libro recién publicado (y pagado por mí) en la mano me abrí paso hasta la cabecera, donde Alberti, vestido de Alberti, parecía dormitar, la cara colgando sobre el pecho rayado de la camiseta como una máscara de goma, cansado y aburrido de la gente, de la duración de la comida. “Rafael –dijo Luis, inclinándose sobre él con el libro en la mano, mientras yo me quedaba atrás, muerto de vergüenza–. Este compañero quiere regalarte su libro.” Sin volverse del todo Alberti entreabrió los párpados y sólo contestó, sin mirarme: “¿Por qué?”» Muñoz Molina asegura haber ido a aquel Alberti «rodeado siempre de admiradores fervientes y aduladores obsequiosos», lleno de sospechas, puesto que para entonces ya le parecía «una imitación de sí mismo» que se dedicaba a escribir «poemillas que eran parodias de los de su juventud, produciendo sin descanso falsificaciones no siempre convincentes» y que le producía un «fondo íntimo de rechazo o de incomodidad (...) causado por la sospecha de que aquel hombre iba disfrazado de algo, estaba interpretando un papel (...) con un cuidado en los detalles digno de los más solventes impostores.» Es curioso, porque ese ejemplar de aquel libro magnífico de Antonio Muñoz Molina, *El Robinson urbano*, a mí me gustaba tanto que Alberti me lo regaló, y ahora veo en su dedicatoria la admiración incondicional que su autor afirmaba sentir por el poeta gaditano, muy lejana a su desprecio de antes y de ahora... Pero en fin, sería un caso de pura amabilidad, sin duda.

Ahora, tras la muerte de Ángel González, ha ocurrido algo similar, con unas declaraciones del poeta Antonio Gamoneda, ampliamente difundidas por los medios de comunicación, en las que, en sintonía casi perfecta con lo que Antonio Muñoz Molina opina hoy de Alberti, afirmaba que «fue hace veinte años cuando su obra poética empezó a declinar, porque su vida se hizo más difícil, ya que vivía solo en Madrid, mientras su mujer desarrollaba su carrera profesional en Norteamérica, lo que provocó que su poesía decayese», tal vez a consecuencia de que «en sus últimos años se dejase manipular por gente de la que no merece la pena hablar y que se aprovechó de él.» Notable todo ello, porque hace dos veranos, cuando organicé unas jornadas sobre la Generación del 50 en los Cursos de Verano de la Universidad Complutense, en El Escorial, el mismo Gamoneda hizo un gran canto de admiración pública y privada a Ángel González. Yo había invitado a Gamoneda a intervenir en la sesión inaugural del congreso, y para la clausura, que iba a celebrarse cinco días más tarde, estaba programada una lectura de poemas de José Manuel Caballero Bonald, Francisco Brines y el propio Ángel González. Gamoneda me pidió encarecidamente que lo incluyese en esa sesión, porque sentía, según me dijo, la necesidad íntima de estrechar sus lazos con su paisano y expresarle su enorme admiración literaria y personal. Lo hizo varias veces, a solas con Ángel, en presencia de algunos amigos cercanos y ante el numerosísimo público que el día del recital abarrotaba la sala. Por eso resultan tan raras sus declaraciones de ahora, aunque desde luego le otorgan a Gamoneda una gran originalidad: la de ser la única persona a la que he visto hablar mal de Ángel González. Tiene su mérito.

Cumplir años es ir tachando los números de teléfono de las personas que más quieres y también es, por desgracia, ir viendo que la cara de las personas cambia según de qué lado sople el viento. Qué pena que escritores tan admirables como los que han sido citados en este artículo puedan llegar a ser tan injustos los unos con los otros y puedan llegar tan lejos con sus venganzas personales que, en algunos casos, usen la muerte como línea de salida del rencor. Para algunos adular a los vivos y hablar mal de los muertos no son más que la cara y la cruz de la misma moneda ©